

(Núm. 11.)

DOÑA FRANCISCA LA CAUTIVA



NUEVA Y CURIOSA RELACIÓN

*en que se refiere un portentoso milagro que obró
la Virgen Santísima del Carmen
con una señora viuda, devota suya, que navegaba para Roma con
tres hijos pequeños, á los que cautivaron los turcos, y cómo
los libertó milagrosamente.*

PRIMERA PARTE

¡Oh gran Reina de los cielos,
Madre de Dios soberana,
refugio de pecadores,
amparo de nuestras almas!

Dadme tu gracia, Señora,
para escribir sin tardanza
la historia más lastimosa
que se ha escrito, ni se canta:

atención, noble auditorio,
que ya voy á declararla.
De Nápoles para Roma
salió en mercante fragata
una muy noble señora
de sangre calificada:
lleva tres hijos consigo,
ángeles en forma humana;
el uno es de cinco años,
el otro de tres no pasa,
y el otro es de cuatro meses,
que en sus pechos amamanta,
y en el golfo de Mesina
los turcos la cautivaban.
Desembárcalos en tierra,
y á los tres niños compraba
con la madre un renegado
para el servicio de casa.
que al fin le sirvió seis meses
con paciencia muy sobrada;
pero al cabo de este tiempo,
un día, el perro la llama,
diciéndola:—¡Ay, Francisca!
sabrás que tu amor me mata
y he de alcanzar tu hermosura...
¿qué me respondes? acaba:
abjura tu religión
y serás muy estimada,
la señora más querida
que en toda esta tierra haya.—
Doña Francisca responde,
resuelta y determinada:
—Tu esclava soy, gran señor,
que tu voluntad se haga;
renegar de Dios no quiero,
que el falso Mahoma es causa
que á los profundos infiernos
vayan millones de almas:
pues yo creo en Jesucristo
y su Madre Soberana,
y en el divino misterio
de la Trinidad Sagrada,
un Dios solo y tres personas,
que así la Iglesia lo manda;

no más de una vida tengo,
y la doy de buena gana,
sólo por no quebrantar
lo que la Iglesia me manda.—
Esto oyendo el renegado
á sus criados les manda
que á una mazmorra la lleven,
y que allí la aprisionaran.
Obedecen el mandato,
y á doña Francisca agarran;
dandola crueles golpes
en la mazmorra la entraban,
con el niño más pequeño,
que á diez meses no llegaba;
la echaron á su cintura
una cadena pesada,
en cada pie un grillete
y una argolla á la garganta,
dándola por alimento
seis onzas de pan tasadas,
y cuando le parecía,
el cruel tigre bajaba,
y con un grueso cordel
cruelmente la azotaba;
y despues al angelito
sus ropas le desnudaba,
y con unas disciplinas
soberbio le descargaba,
hasta que la sangre brota
por sus venas delicadas.
Aquí fueron los lamentos
del niño; y su madre amada
del gran dolor que recibe
cayó en tierra desmayada,
y después que volvió en sí,
en tierno llanto anegada,
se abrazaba con su hijo
y al pecho se lo arrimaba.
De allí se fué el renegado
lleno de furor y saña,
sólo de ver que no puede
lograr lo que deseaba.
Mas no desiste; otro día
vuelta á la mazmorra daba

adonde está la cautiva.
Con halagüeñas palabras
la predica de Mahoma
mil embustes y patrañas,
diciéndola:—Si reniegas
yo te daré muchas galas,
y costosísimas joyas
para que estés adornada.—
Doña Francisca, prudente,
de aquesta suerte le hablaba:
—Esas joyas, gran señor,
por mí bien pude guardarlas,
que eso es un poco de tierra,
polvo que no vale nada,
que quien el alma me dió
no le costó tan barata.—
Mas viendo los menosprecios
que le hace la cristiana,
soberbio se desespera,
de coraje pateaba.
De la mazmorra se sale,
y á los dos niños agarra;
asidos por los cabellos
les arrastró por la casa,
y á la mazmorra los vuelve
adonde su madre estaba:
los despoja de sus ropas,
y de prisiones los carga.
Tomó una vara con furia
y á los niños apaleaba;
y juntamente á la madre
la decia estas palabras:
—Dime, mujer insensible;
si tu religión dejaras,
¿cuanto mejor te sería,
y la vida reservaras!
También la de tus tres hijos
que en gran peligro se hallan.—
Pero viendo los tormentos
que el bárbaro ejecutaba
en sus tres hijos queridos,
á renegar la obligaba.
Lo hizo en apariéncia,
sólo porque se aquietara

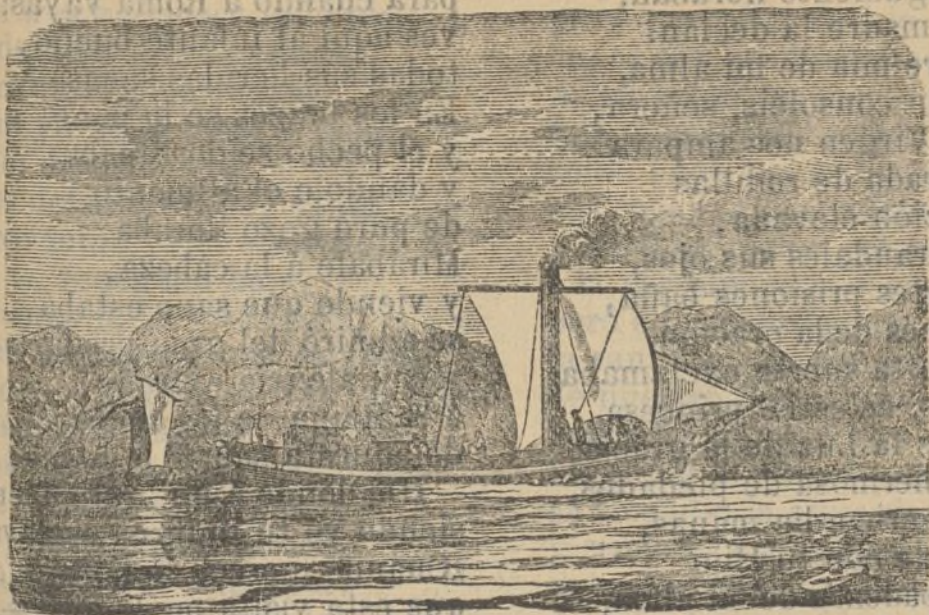
la furia de aquel cruel,
que con rigor castigaba
aquellos tres inocentes
sin haberle dado causa.
Doña Francisca le dijo:
—Desata, señor, desata
á mis hijos de prisiones,
que ya me humillo á tus plantas.
Me aparto de Jesucristo,
también de la Virgen santa
y del divino misterio
de la Trinidad Sagrada.—
Pero nuestro Dios piadoso
no quiso que aquesta alma
se perdiese, y dió licencia
al niño que el pecho daba
para que á su madre avise
del peligro en que se halla;
y entonces el angelito
pronunció aquestas palabras:
—Madre, ¿qué es eso que dices?
Mira bien lo que tú hablas,
que aunque es de cumplimiento
mucho le daña á tu alma,
que para morir por Dios
no se ha de tapar la cara.
Triunfen los santos misterios
de nuestra iglesia romana,
que mis hermanos y yo
morimos de buena gana,
sólo porque nos defiendas
y que se salve tu alma.—
Absorta quedó la madre,
y de rodillas postrada,
pidiendo misericordia
al cielo los ojos alza.
El renegado que ha oído
al niño aquesta palabras,
en vez de compadecerse,
más aquel perro se ensaña,
y cogiendo al inocente
contra una pared le daba,
hasta que de su cabeza
los sesos se le saltaban.

Murió el inocente niño,
y volviendo á la cristiana,
con una gruesa cadena
tan recios golpes la daba,
que ya de los ojos brota
la púrpura en vez de agua,
y con soberbia la dice:
—Dime: ¿qué quieres, cristiana?
Ya ves á tu hijo muerto;
¿es eso lo que te falta?
Yo le freiré en aceite,
y lo comerás mañana.—
De la mazmorra se sale,
á sus mayordomos llama,
diciéndoles:—¿Qué os parece
que se haga en la cristiana?

Mi intento es darla la muerte,
antes hoy que no mañana.—
Todos á una voz dijeron:
—Es justo de que se haga.—
Dijo el renegado entonces:
—Pues idear nueva traza;
¿qué castigo se ha de dar
á esta tenaz cristiana?—
Y contestan muy furiosos:
—¡Que muera en voraces llamas!
Dejemos en este estado
aquesta primera plana,
y Pedro de Fuentes pide
perdón de sus muchas faltas,
que en otra segunda parte
les dirá lo que aquí falta.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

Sagrad
hija de Jo
hoy, Señ
que me a
porque m
dó finiqu
Ya dije c
en consu
pero todo
en que m
Mandó e
que en e
encendio



SEGUNDA PARTE

*en que se da fin á los sucesos y trabajos que padeció
doña Francisca la Cautiva.*

Sagrada Virgen Maria,
hija de Joaquín y Ana;
hoy, Señora, necesito
que me ayudes con tu gracia,
porque mi turbada pluma
dó finiquito á este drama.
Ya dije cómo quedó
en consulta esta canalla,
pero todos convinieron
en que muriese quemada.
Mandó el renegado al punto
que en el centro de la plaza
encendiesen una hoguera

con presteza y sin tardanza;
lo que en breve ejecutaron,
pues que su amo lo manda.
Dejemos en su tarea
á estos bárbaros piratas,
y vamos á la cautiva
que entre prisiones estaba.
Mirando á sus hijos, dice:
—¡Ay, hijos de mis entrañas,
si no fuera por vosotros,
mi pena no fuera tanta!
Y á Vos, Anrora impecable,
María, llena de gracia,

estos hijos os encargo
que ya sin madre se hallan.—
Los infantes se enternecen
y amargamente lloraban;
y á su madre la decían:
—Madre mía de mi alma,
no os desconsoléis, señora,
que la Virgen nos ampara.—
Y postrada de rodillas
en oración elevada,
siendo raudales sus ojos,
las fuertes prisiones baña,
y después de la oración,
de aquesta suerte exclamaba:
—Adiós, celestial princesa,
que sois la Luz de la gracia,
fuente hermosa de piedades,
que misericordia manas,
intercede con tu Hijo
se compadezca de mi alma,
y que perdone mis culpas,
que conozco que son tantas,
que como arenas del mar
no es posible enumerarlas;
pero tu misericordia
jamás á nadie le falta.—
Y dichas estas razones,
la mazmorra se llenaba
de un resplandor celestial;
entre nubes de oriflama
se apareció la gran Reina
y á los niños se arrimaba,
quebrantando las prisiones:
suelos los dos se quedaban,
se arriman hacia su madre,
y con muy dulces palabras
la decían:—Madre mía,
¿conoces á quien te habla?
Quedó la cristiana entonces
del caso maravillada,
y postrada de rodillas,
así ha dicho en voces altas;
—¡Dime quién eres, Señora,
que tanta alegría causas!

—Yo soy la Virgen del Carmen;
devota mía, levanta,
que vengo por tus tres hijos,
para cuando á Roma vayas;
ves aquí al infante bueno,
todas sus heridas sanas.—
En los brazos se lo pone,
y el pecho se destapaba,
y dándole el alimento
de puro gozo lloraba.
Mirábale á la cabeza,
y viendo que sano estaba,
se admiró del gran prodigio,
y con alegría extraña,
á la Reina de los cielos
de aquesta suerte le habla:
—¿De dónde á mí tanto bien
siendo yo tu indigna esclava?
¿Cuándo merecí, Señora,
que esta visita me hagas?—
Y la respondió la Virgen
aquestas dulces palabras:
—Hija, tu gran devoción
hizo que mi amor bajara
desde el cielo hasta la tierra,
que amor con amor se paga.
Has de saber que este hombre
que á ti tanto te maltrata,
fué en tiempo devoto mío,
y no quiero que su alma
se pierda, y de su rescate
tú sola has de ser la causa.—
Con esto se despidieron
con amorosas palabras;
muy alegres los infantes,
con su madre se abrazaban.
—Quédate en paz, y no temas
el castigo que te aguarda,
que has de salir con victoria,
libre, sin dolencia y sana;
después proclama la fe
de nuestra Iglesia romana.—
Remontóse y tomo vuelo
aquella preciosa Garza,

la más cándida azucena,
llevándose en su compañía
los tres hermosos infantes,
y dejando á la cristiana
fortalecida, de suerte
que ya no le teme á nada;
sólo desea morir
por defender la ley santa.
Prevenido ya el martirio,
el vil renegado baja,
y como la ha visto sola,
con descompuestas palabras
dice:—¿En dónde están tus hijos?
¿dónde se han ido, malvada?
Infame, ¿no me respondes?—
Pero la noble cristiana
le dió relación de todo,
diciéndole lo que pasa.
—Señor, la Virgen del Carmen
se los llevó en su compañía,
y el niño que tú mataste
otra vez con vida se halla.
Al oír estas razones
se enciende en cólera y saña,
y alzando cruel la mano
le pegó tal bofetada,
que la derribó en el suelo
sin sentido y desmayada;
y después que volvió en sí,
afligida se levanta,
diciéndole:—Di, señor,
dime: ¿por qué me maltratas?
¿No preguntas por mis hijos
y te digo lo que pasa?—
Segunda vez la golpea,
diciendo:—Calla, malvada,
que pues no has hecho caso
de mí, serás castigada.
De la mazmorra se sale,
y á recias voces gritaba:
—¡Acudid, criados míos,
pues ya tenéis puerta franca;
esto no tiene remedio;
sacadla ya de mi casa,

porque es cosa que me irrita
mujer que es tan obstinada;
pues que no teme á la muerte,
ea, al castigo llevadla!—
Al oír estas razones
á la mazmorra bajaban
como unos leones fieros,
sus ropas la desnudaban,
y dándola recios golpes
á la vergüenza la sacan;
pero ella, enardecida,
la santa ley proclamaba
de nuestro Dios Jesucristo,
Redentor de nuestras almas.
Llegaron al sitio donde
el incendio la aguardaba,
y crueles la arrojaron
entre las voraces llamas.
Apenas hubo caído,
el fuego activo se apaga;
perdió sus ardientes luces
sin que el pelo la agraviera.
Mas viendo que queda viva,
aquel alevoso manda
que de la trenza del pelo,
á una reja la colgaran;
y al instante lo ejecutan
lleno de furor y saña.
De una reja la colgaron
y en ella se la dejaban,
adonde estuvo tres días
publicando en voces altas
de Dios sus sacros misterios
y de la Iglesia romana.
Mas viendo que no moría,
anda ideando mil trazas
por donde poder quitar
la vida á aquesta cristiana.
Mandó trajesen dos potros
y á sus colas la amarraran,
y que por las calles fueran
hasta que pedazos la hagan;
y por si acaso no muere,
que la maten á pedradas.

Obedecen el mandato, aunque ya de mala gana, que hasta algunos de los turcos sólo de oír la lloraban. En fin, trajeron dos potros, y por las calles la sacan; los animales bríosos humildes se arrodillaban, y entre tan grande tumulto algunas piedras preparan; mas cuando á tirarle iban, inmóviles se quedaban; y entre tanta confusión volvieron á la cristiana á casa del renegado diciéndole lo que pasa. El renegado se admira: un golpe al corazón daba, y conociendo sus yerros arrepentido lloraba, diciendo:—Divina Aurora, del Carmen Virgen Sagrada, si de aquí salgo con bien, yo te empeno mi palabra de hacer vida penitente en una áspera montaña. Y una noche, de secreto en una nave se embarcan los dos con algunos turcos

que á voces pedían el agua del Bantismo, porque quieren morir en la ley de gracia; y veinte y ocho cristianos trajeron en su compañía. Les fué el tiempo tan feliz, que en breves días llegaron á la gran ciudad de Roma á que los absuelva el papa. Los turcos se bautizaron rindiéndole á Dios mil gracias. Don Juan Alonso se fué á cumplirle su palabra que dió á la Virgen del Carmen, nuestra Madre y abogada, y después doña Francisca se fué á casa de su hermana, y en ella halló los tres hijos prendas queridas del alma. Ya dieron fin los pesares y las tristezas se acaban; ya todos se regocijan por maravillas tan altas. A la Virgen del Carmelo demosla infinitas gracias. Y ahora el autor sumiso á sus lectores reclama que á sus mal trazados versos les disimulen las faltas.

MADRID. — Despacho: Librería y Casa Editorial Hernando (S. A.), Arenal, 11.

en que
Castillo

Sagra
antorchas
dame tu
pues de
para que
el caso n